

la condesa, echó los brazos al cuello de Carlos y sus labios se pegaron á los labios de él, en un beso ardiente, penetrante, completo que acabó en un sollozo de desmayo... El sentía aquel lindo cuerpo estremecerse, escurrírsele entre los brazos y caerle sobre las rodillas.

—Mañana en casa de titi, á las once—murmuró cuando pudo hablar.

—Sí.

Desprendióse de él y se puso las manos sobre los ojos como para desvanecer aquel vértigo que la puso de color de cera. Después, cansada y sonriendo:

—Qué tonta soy; vamos á ver á Carlitos.

El cuarto del niño estaba allí cerca y tenía dos camas; una para la camarera y otra para él. El niño dormía. Carlos apenas le pulsó y la camarera escocesa dijo:

—Estos últimos días parece que está mejor.

Volvieron al gabinete; antes de penetrar en el corredor, la condesa ofreció de nuevo á Carlos su boca insaciable. Besóla. Al pasar junto á su marido, díjole la condesa.

—El niño está durmiendo. Don Carlos dice que está muy bien.

El de Gouvarinho dió un golpecito amistoso en el hombro de Carlos. Durante un momento la condesa quedó en la penumbra para serenarse. En aquel instante apareció Telles de Gama y tras de él entró el conde de Steinbroken. El resto de la noche se pasó en el salón en derredor del piano. El finlandés cantó baladas de su tierra y Telles tocó *fados*.

Carlos y Ega fueron los últimos en salir. Después de un *brandy and soda*, que la condesa les ofreció á fuer de inglesa.

Carlos al salir, pudo por fin hacer la pregunta que

le escarabajeaba por los labios durante toda la noche.

—Dime, Ega, ¿quién es ese Sousa Netto que quiso saber si en Inglaterra había también literatura?

Ega le miró con espanto.

—¿No lo deduciste en seguida? ¿No viste inmediatamente quien en este país es capaz de hacer tal pregunta?

—No sé... Hay tanta gente capaz...

Ega añadió radiante:

—Director general de un Ministerio.

—¿De cuál?

—¿Y lo preguntas? ¿De cuál ha de ser? ¿De Instrucción Pública?

A la tarde siguiente, á las cinco, Carlos que se entretuvo en casa de *titi* con la condesa, retenido por sus besos interminables, hizo dirigir su coche á la calle de San Francisco y miraba á cada momento el reloj, temiendo que María Eduarda hubiese salido.

Con efecto, en la puerta había un carruaje de alquiler. Subió la escalera corriendo y maldiciendo su flaqueza y su pasividad que le hiciera caer de nuevo en aquellos brazos tan exigentes, cada vez más pesados y que ya no le conmovían...

—La señora acaba de llegar ahora mismo—dijo Domingo, que había llegado tres días hacia de su tierra.

Sentado en el sofá, con el sombrero puesto, quitándose los guantes, le acogió con cariñosa reprensión.

—Le esperé más de media hora antes de salir... ¡Es una ingratitud! Imaginé que nos había abandonado.

—¿Por qué? ¿Está peor miss Sarah?

Ella le miró risueña y como escandalizada. ¡De miss Sarah se trataba! El aya seguía perfectamente su convalecencia... Ahora no eran las visitas del médico las que se esperaban; eran las del amigo y esa había faltado.

Carlos, sin contestar, perturbado, volvióse hacia Rosa, que miraba las láminas de un libro y la ternura, la gratitud infinita de su corazón, que no se atrevía á demostrar á la madre, las puso por entero en la larga caricia en que envolvió á la hija.

—Es un libro que mamá ha comprado ahora—decía Rosa muy seriecita.—Ya te contaré después. Son historias de bichos.

María Eduarda se había levantado, deshaciendo lentamente el lazo del sombrero.

—¿Quiere tomar una taza de te con nosotros, don Carlos?

Venía con ganas de tomar una taza... ¡Qué hermoso día ¿verdad? Rosa, cuéntale nuestro paseo mientras yo me quito el sombrero.

Carlos, solo con Rosa, sentóse junto á ella y la apartó del libro, tomándola ambas manos.

—Fuimos al paseo de la Estrella; pero la mamá no quería entretenerse porque tú podías haber venido.

Carlos besó una tras otra las dos manecitas de Rosa.

—Y ¿qué hiciste en el paseo?—preguntóle.

—Correr y saltar y subir á unos caballitos nuevos.

—¿Bonitos?

La niña se encogió de hombros.

—¡Ca, muy rancios!

¡Rancios! ¿Quién le había enseñado á decir aquella cosa tan fea? Domingo se lo dijo. Domingo decía muchas cosas por el estilo. Decía que Melanie era una *bellaca*... Domingo tenía mucha gracia.

Entonces Carlos le advirtió que una niña tan bonita y con trajes tan lindos, no tenía que decir aquellas palabras.

—Pues Domingo no es haraposo—dijo Rosa muy seria.

Y de pronto acudióle otra idea y batió palmas, radiante.

—¡Me ha traído unos grillos del mercado! ¡Si supieras! A *Niniche* le dan miedo los grillos. Parece increíble ¿eh? Nunca vi un perro tan medroso.

Miró un momento á Carlos y añadió con expresión grave:

—Es que mamá la mima demasiado.

María Eduarda, que entraba, quiso saber de lo que hablaba la niña. ¡Pobre *Niniche*! Aquella misma mañana la había castigado.

Rosa se echó á reír y dijo tirando de la manga á Carlos:

—¿Sabes cómo la castiga mamá? ¿Sabes? Pues le habla con voz cavernosa y le dice en inglés: *¡Bad dog, dread ful dog!*

Estaba encantadora imitando la voz severa de su mamá. La pobre *Niniche* pensó que la reprendían y se arrastró bajo el suelo. Fué necesario que Rosa la tranquilizara, jurándola entre abrazos que no era un mal perro ni un feo perro; sólo se lo dijo para imitar á mamá.

—Ves á darle agua, que debe tener sed—dijo María Eduarda sentándose en el sillón de costura - y dile á Domingo que nos traiga el te.

Rosa y *Niniche* salieron corriendo.

Carlos fué á ocupar junto á la ventana el sillón de costumbre; pero por primera vez desde su intimidad, reinó entre ellos un silencio difícil. Después quejose ella del calor, desplegando distraidamente el bordado y Carlos permanecía mudo, temiendo que ella adivinara sus pensamientos.

—Parece que nunca se acabe este bordado—dijo por fin, impaciente de verla tan serena, ocupada en su labor.

Ella, sin levantar la mirada, contestó:

—Y ¿por qué se ha de acabar? El gran placer consiste en hacerlo. Cuando se acaba, se acabó la distracción. Una malla hoy, otra malla mañana y se convierte así en un compañero ¿Para qué se ha de querer llegar al fin de las cosas?

Una sombra pasó por el rostro de Carlos. Con aquellas palabras dichas acerca del bordado, veía él una desanimadora alusión á su amor, á aquel amor que le fuera henchiendo el corazón del mismo modo que la lana cubría aquella tela y que era obra simultánea de las mismas blancas manos. Quería, pues, conservar allí; inútil como el bordado, siempre mayor y siempre incompleto, guardado también en el cesto de la labor para ser el desahogo de su soledad.

Dijole entonces conmovido:

—No es así. Hay cosas que sólo existen cuando se completan y que sólo entonces dan la felicidad que se esperaba de ellas.

—Esto es muy complicado murmuró ella, ruborizándose. —Es muy sutil.

—¿Quiere que lo diga más claramente?

En aquel instante, Domingo, levantando la cortina, anunció que estaba allí don Dámaso.

María Eduarda hizo un brusco movimiento de impaciencia:

—¡Diga que no recibí!

Se oyó que la puerta se cerraba de golpe. Carlos quedó inquieto, recordando que Dámaso debía haber visto abajo su coche. ¡Santo Dios! ¡Lo que diría ahora, movido de su mezquino rencor, viéndose así humillado! En aquel instante casi le pareció la existencia de Dámaso incompatible con la tranquilidad de su amor.

—Ahí está otro inconveniente de esta casa—dijo María Eduarda.—Al lado de ese Casino, á dos pasos del Chiado, es demasiado accesible á los importunos. Ahora casi cada día he de rechazar este asalto á mi puerta. Es intolerable.

Y movida de una idea súbita, exclamó:

—Dígame una cosa que quería preguntarle... ¿No me sería posible encontrar por ahí una casita, un *cottage*, donde pudiese pasar los meses de verano? ¡Sería tan bueno para la niña! Pero no conozco á nadie, no sé á quién he de dirigirme.

Carlos recordó en seguida la linda casa de Craft en los Olivares, porque precisamente pocos días antes, Craft había dicho que quería vender la quinta y deshacerse de sus colecciones. ¡Qué deliciosa vivienda para ella, artística y campestre y tan adecuada á sus gustos! Tuvo una tentación irresistible.

—Sí, sé una casa. Está muy bien situada y le conviene mucho.

—¿Se alquila?

Carlos no vaciló:

—Sí, es posible alquilarla.

—¡Qué delicia!

Ella había dicho: “¡Qué delicia!”, Aquello le decidió, pareciéndole poco cortés y bastante mezquino haber sugerido una esperanza y no realizarla.

Domingo entró en aquel instante con la bandeja del té. Mientras la colocaba en una mesita al pie de

una ventana, Carlos pensaba en lo hermosa que estaría María Eduarda entre aquellos muebles del Renacimiento, severos y nobles.

—¿Mucho azúcar?

—No, basta; gracias.

Volvió á sentarse en el sillón, y al tomar de las manos de ella la taza de porcelana ordinaria con un filete azul, recordaba el magnífico servicio que tenía Craft de viejo Wedgewood, oro y color de fuego. ¡Pobre señora, tan delicada y teniendo que manejar los cachivaches ordinarios de la madre de Cruges!

—¿Dónde está esta casa? — le preguntó María Eduarda.

—En los Olivares, muy cerca de aquí. Se tarda una hora en llegar en carruaje.

Explicóle detalladamente el sitio, añadiendo, fijos los ojos en ella y con una sonrisa inquieta:

—Estoy preparando la leña que ha de quemarme. Si se instala usted allí definitivamente ¿quién la vuelve á ver?

Ella pareció sorprendida.

—¿Y dice eso usted que tiene caballos y carruajes y que casi nada tiene que hacer?

¡De modo que ella hallaba natural que él continuase en los Olivares sus visitas de Lisboa! Parecióle luego imposible renunciar al encanto de aquella intimidad tan francamente ofrecida y más encantadora aun en la soledad de la aldea.

Cuando acabó el té era como si la casa, los muebles y los árboles, fuesen ya suyos, fuesen ya de ella. Y estuvo elocuente explicándole la quietud de la quinta, la entrada por una avenida de acacias y la belleza del comedor con dos ventanas que daban al río..

Ella le escuchaba encantada.

—¡Oh, ese era mi sueño! Ahora quedaré intranquila, llena de esperanzas... ¿Cuándo podré saber una contestación?

Carlos miró el reloj. Era ya tarde para ir á los Olivares. Al día siguiente, sin falta, hablaría al amo de la casa, que era amigo suyo.

—¡Cuánta molestia por mi causa! No sé cómo agradecerle...

Calló, pero sus hermosos ojos se fijaron un instante en los de Carlos, como olvidados y dejando escapar irresistiblemente un poco del secreto que guardaba en su corazón.

Carlos murmuró:

—Por más que yo hiciera, bien pagado quedaría del todo si me mirase otra vez así.

Una oleada de sangre enrojó el rostro de María Eduarda.

—No diga eso...

—¿Y qué necesidad hay de que yo lo diga? ¿No sabe perfectamente que la adoro, que la adoro, que la adoro?

Ella se levantó bruscamente; él también. Y así quedaron mudos, llenos de ansiedad, traspasándose con la mirada, como si hubiese sufrido una gran transformación el Universo, y ellos esperasen, suspensos, el fallo supremo de sus destinos...

Fué ella quien habló, casi desfallecida, extendiendo hacia él, como si le quisiese apartar, sus manos inquietas y trémulas.

—¡Escuche! Bien sabe lo que siento por usted; pero escuche... Antes que sea tarde quiero decirle una cosa...

Carlos la veía temblar, palidecer... Ni siquiera la escuchaba ni la comprendía. Sentía apenas como en un deslumbramiento que el amor comprimido hasta entonces en su corazón, brotaba por fin triunfante,

y tocando en el corazón de ella, á través del aparente mármol de su pecho, hizo brotar allí una llama igual... Sólo veía que ella temblaba, sólo veía que ella le amaba... Y con la gravedad firme de un acto de posesión, tomóle lentamente las manos, que ella le abandonó, sumisa de repente, ya sin fuerza y vencida. Y las besaba una tras otra en las palmas, en los dedos, despacio, murmurando apenas:

—¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Amor mío!

María Eduarda se sentó en la silla, y, sin retirar sus manos, clavando en él sus ojos llenos de pasión y empañados por las lágrimas, balbuceó aun débilmente en una última súplica:

—Le quería decir una cosa...

Carlos estaba ya arrodillado á sus pies.

—Ya sé lo que es—exclamó ardientemente, junto al rostro de ella, sin dejarla hablar más, convencido de que adivinó su pensamiento.—No la diga, la sé. ¡Es lo que yo he pensado tantas veces! Es que un amor como el nuestro no puede vivir en las condiciones en que viven otros amores vulgares... Es que desde que yo la diga que la amo, es como si le pidiese ser mi esposa ante Dios...

Ella apartaba el rostro mirándole con angustia y como si no comprendiese... Y Carlos continuaba en voz baja, sin soltarle la mano y penetrándola por entero de la emoción que le hacía temblar á él:

—Siempre que pensaba en usted era ya con esta esperanza de una existencia nuestra por entero, lejos de aquí, lejos de todos, habiendo roto todos los lazos presentes, poniendo nuestra pasión por encima de todas las ficciones humanas, yendo á ser felices en un rincón de mundo, aislados y para siempre... Nos llevamos á Rosa, porque ya sé que no puede vivir sin ella, y así viviremos sólo los tres, en eterno encanto!

—¡Dios mío! ¡Huir!—murmuró ella asombrada. Carlos se levantó.

—Y qué podemos hacer? ¿Qué otra cosa podemos hacer digna de nuestro amor?

María no contestó. Poco á poco una idea parecía surgir de su cerebro, inesperada y perturbadora, removiendo todo su ser.

Sus ojos se dilataban ansiosos y refulgentes.

Carlos iba á hablarle... Un leve rumor de pasos en la estera de la sala le retuvo... Era Domingo que iba á recoger la bandeja del té. Y durante un momento, casi interminable, hubo entre aquellos dos seres, sacudidos por un vendaval de pasión, el vulgar paso de un criado que recogía tazas vacías.

María Eduarda, bruscamente, se refugió detrás de la cortinilla de cretona, con la cara pegada á los cristales. Carlos se sentó en el sofá, ojeando al acaso una *Ilustración* que le temblaba en las manos. No pensaba en nada, ni siquiera sabía donde estaba. Aun, durante la vispera, conversando con ella, llamábale ceremoniosamente "estimada señora;" pero hubo una mirada y ahora debían huir ambos y ella se convertía en el afán supremo de su vida, en la esposa secreta de su corazón.

—¿Desean los señores algo más?—preguntó Domingo.

María Eduarda contestó sin volverse:

—No.

Domingo salió y la puerta quedó cerrada. Ella entonces atravesó la sala y fué hacia Carlos, que la esperaba en el sofá con los brazos abiertos. Era como si obedeciese sólo al impulso de su ternura, calmadas ya todas sus vacilaciones. Pero dudó de nuevo ante aquella pasión que con tanta rapidez se apoderaba de su ser, y murmuró casi triste:

—¡Me conoce tan poco! Conóceme tan poco para

irnos así ambos, rompiendo por todo y creando un destino que es irreparable...

Carlos le tomó ambos manos y la hizo sentar á su lado con suavidad.

—Lo bastante para adorarla por encima de todo y sin desear nada más durante toda mi vida.

Quedó pensativa María Eduarda como recogida en el fondo de su corazón, escuchando sus últimas agitaciones. Después lanzó un largo suspiro.

—¡Sea así! Sea así... Una cosa quería decirle, pero no importa... ¡Es mejor así!

Y qué otra cosa podían hacer, preguntaba Carlos radiante. Era la única solución, digna, seria. Nada podía detenerlos; se amaban, confiaban absolutamente uno en otro; él era rico, el mundo muy ancho...

Y ella repetía, más firme ahora, ya decidida y como si aquella resolución á cada momento se grabase más en su alma, penetrándola toda y para siempre:

—¡Pues sea así! ¡Es mejor así!

Durante un momento quedaron callados, mirándose arrebatadamente.

—Dígame, por lo menos, que es feliz—murmuró Carlos.

Ella le echó los brazos al cuello y sus labios se unieron en un beso profundo, infinito, casi inmaterial por su éxtasis. Después María Eduarda abrió lentamente los párpados y díjole en voz baja:

—Adiós, déjame sola, ve.

Carlos tomó el sombrero y salió.

Al día siguiente Craft, que hacía una semana que no iba al Ramillete, paseaba por la quinta antes de almorzar, cuando apareció Carlos. Apretáronse las

manos, hablaron un instante de Ega, de la llegada de los Cohens. Después, Carlos, haciendo un amplio ademán, que abarcaba la propiedad, la casa, todo el horizonte, preguntó riendo:

—¿Quiere usted venderme todo esto? Craft.

El otro, sin pestañear contestóle:

—Como usted quiera...

Y allí mismo cerraron el trato, paseando por un sendero bordeado de geranios en flor.

Craft cedía á Carlos todos sus muebles antiguos y modernos por 2.500 libras, y como Carlos no tenía en el Ramillete bastante sitio para colocar tal número de cachivaches, alquilaba por un año la quinta de los Olivares.

Luego almorzaron y Carlos no pensó siquiera en el gasto que hacía para ofrecer una habitación de verano á María Eduarda.

Con qué alegría, al dejar los Olivares, corrió á la calle de San Francisco, para anunciar á María Eduarda la buena nueva. Rosa le salió al encuentro y él la tomó en brazos y la llevó así á la sala y le explicó que tendría dos vacas, una cabra y flores y árboles...

—¿Dónde está? ¿Dónde está?—exclamaba Rosa con su carita llena de risa y alegría:

—Muy lejos de aquí; se va en carruaje. Se ve pasar los barcos por el río...

Cuando apareció María Eduarda, la niña exclamó:

—Mamá, mamá, dice que tendré dos cabras y un columpio... ¿Es verdad? Dime, ¿dónde está eso?

María y Carlos se apretaron la mano, mirándose, sin hablar. Después Carlos explicó su ida á los Olivares... Dentro de una semana se podía ir allí.

María Eduarda parecía sorprendida, casi desconfiada.

—Será necesario llevar ropa de cama, mantelería.

— Hay de todo,— exclamó Carlos, alegremente.

— Parece un cuento de hadas. Las luces están encendidas, los jarros llenos de flores. Con tomar un carruaje é ir allá, se está al cabo de la calle.

— Sí, pero es necesario saber cuánto me va á costar ese paraíso...

Carlos se ruborizó. No había pensado que se hablase de dinero y que ella querría pagar la casa en que habitase. Entonces prefirió confesárselo todo; que Craft hacía ya un año que quería vender sus colecciones; que su abuelo y él habían pensado en comprarlas para acabar de amueblar el Ramillete y Santa Olavia.

— Rosa, ve allí dentro— dijo María Eduarda;— miss Sarah te espera.

Luego, mirando á Carlos muy seria:

— De modo que si yo no hubiese mostrado deseo de ir al campo, no hubiese usted hecho ese gasto.

— Lo mismo; hubiera sido preciso alquilar la casa por unos meses, puesto que de momento no hubiésemos sabido dónde poner tanto mueble y tanto cuadro.

Y añadió riendo:

— Ahora, si me quiere indemnizar de eso, podremos discutir un rato.

Ella bajó los ojos reflexionando:

— En todo caso, su abuelo y sus amigos deberán saber de aquí á unos días que me voy á instalar en esa casa y comprenderán que la compró usted para mí...

Carlos buscó su mirada que permanecía pensativa, desviada de él.

— ¿De modo que no aprueba lo que hice? Sea franca.

— Sí... ¿Cómo no he de aprobar cuánto hace y cuánto quiere? Mas...

El contestó, apoderándose de sus manos y sintiéndose triunfar:

— ¡No hay *peros* que valgan! Mi abuelo y mis amigos saben que tengo una casa de campo inútil por algún tiempo y que la alquilé á una señora... Si fuese posible, querida amiga, que nuestra afección quedase oculta á los ojos de todos, sería una delicia... Pero no puede ser. Alguien ha de saber parte de la verdad, aunque no sea más que el cochero que me lleva todos los días á su casa ó el criado que me abre cada día su puerta... Los dioses antiguamente arreglaban mejor estas cosas. Tenían una nube que les hacía invisibles. Nosotros no somos dioses, felizmente...

Ella sonrió.

— ¡Cuántas palabras para convertir á una convertida!

Y todo quedó armonizado en un gran beso.

Alfonso de Maia aprobó la compra de las colecciones de Craft. Pero Ega se indignó y llegó á hablar de "desvario," despechado por aquella transacción secreta, acerca de la cual no se le consultara. Desde que se hicieron amigos de niños, en Coimbra, fué siempre el confesor secular de Carlos. Hasta durante los viajes de éste, Ega sabía cuanto le acontecía. La intriga con la Gouvarinho, que al principio quiso ocultarle Carlos, la conocía ya á fondo y leyó las cartas de la condesa y supo dónde se veían en secreto...